

LA TENAZ LEYENDA DE UN TITO "NACIONALISTA"

POR

RÉGINE SORIN

En la prensa internacional no comunista se habla de vez en cuando de Yugoslavia, repitiendo siempre piadosamente las mentiras elaboradas por la Internacional social-comunista a propósito de un Tito nacionalista luchando heroicamente contra los Alemanes.

Se trata de un hecho digno de observación: los términos glorificando al verdugo del antiguo reino yugoslavo son siempre los mismos en cualquier idioma. Es revelador, y lleva la firma de la oficina (1) que los propagó con insistencia hace tantos años.

Es así cómo la verdad histórica es escarnecida una vez más y la fábula de Tito luchando contra los alemanes cuando éstos invaden Croacia en 1941, es pura invención. Pero invade las salas de redacción del mundo entero, y hoy está arraigada en los espíritus.

Es preciso, pues, recordar insistentemente que Josip Broz, llamado Tito, fue un agente activo del Komintern desde su fundación, y que no cesó de actuar por cuenta de la URSS y contra su patria. Además, todo el mundo sabe que el patriotismo es un sentimiento ignorado por un *verdadero marxista*, y Tito lo fue siempre.

Por el contrario, lo que no es una leyenda pero de lo que se habla lo menos posible, es el *papel inmenso jugado* por el coronel Draja Mihailovitch, que con la élite del Ejército Real fueron los primeros que lucharon contra los alemanes con pleno éxito, ya que éstos, cogidos por sorpresa, abandonaron las vas-

(1) (I. I. S. S.). International Institute for Strategic Studies.

tas regiones que habían conquistado inicialmente. Unos meses más tarde los alemanes, enviando tropas de refresco, habían recuperado los territorios liberados, rechazando a los Chetniks de Mihailovitch. Durante estos trágicos acontecimientos, Tito y su banda de «fuera de la ley» (muchos comunistas partisanos fueron reclutados entre presidiarios que se habían fugado aprovechando los tiempos revueltos), aplicaban escrupulosamente las órdenes de Moscú, saqueando, incendiando, aterrorizando a la población y colaborando activamente con el ejército alemán, aun después de la entrada en guerra del III Reich con la URSS.

Porque no debe olvidarse que el enemigo a batir por el agente del Komintern no era el invasor alemán sino Draja Mihailovitch, representante legal del gobierno real en el exilio en Londres, que había sido nombrado comandante general en jefe del ejército nacional y que conseguía los éxitos militares.

A pesar de sus prevenciones justamente fundadas, el general Mihailovitch intentó también llegar a un acuerdo con el jefe comunista Josip Broz, con objeto de llevar a cabo una acción común contra el enemigo, y poner fin a la guerra abierta hecha por los partisanos de Tito contra los Chetniks del ejército real. Con este fin tuvieron lugar dos reuniones entre ambas partes, en septiembre y octubre de 1941.

No fue respetado ninguno de los compromisos suscritos por los comunistas, y el propio Mihailovitch fue atacado a fines de octubre de 1941 por una acción concertada de los alemanes, de los partisanos de Tito y de los Oustachis.

Hubo por otra parte frecuentes armisticios entre las tropas alemanas y las bandas de Tito, para dejar manos libres a los comunistas con vistas a que éstos lucharan más eficazmente contra los Chetniks que componían el ejército nacional de Draja Mihailovitch.

Estos hechos, elegidos entre centenares de ellos, demuestran claramente cuál era el fin elegido por Josip Broz, según las órdenes recibidas de Moscú: implantar el comunismo en el Reino a no importa qué precio, y derribar la Monarquía.

Todo lo relatado anteriormente está corroborado por las

consignas dadas en enero de 1942 por el partido comunista yugoslavo a sus militantes, reunidos en el monasterio de Vranoc, en Montenegro. Son éstas: «Antes del momento decisivo, debemos someter a toda la población a nuestra autoridad por no importa qué medio y sin miramientos por las víctimas, pues *nos es absolutamente necesario imponer* al país la dictadura del proletariado». Además, se creó un «Comité popular de Liberación» que señaló a los Chetniks del general Mihailovitch como el enemigo número uno.

Pero es evidente que Tito y su banda de asesinos no hubieran podido alcanzar nunca sus fines, si Sir Winston Churchill no hubiera puesto todo su peso en la balanza, para desgracia de los pueblos de Yugoslavia. En efecto, en la Conferencia de Teherán en noviembre de 1943, Churchill decide, para complacer a Stalin, abandonar completamente al ejército nacional de Mihailovitch en provecho de los maquis comunistas bajo las órdenes de Tito. Desde entonces, el Primer Ministro no cesó de ejercer una presión cada vez más fuerte sobre el joven rey Pedro, a fin de obligarle a cambiar su gobierno con vistas a sustituir al general Mihailovitch por Tito. Con este fin, la BBC no vacila el 1 de junio de 1944 en alterar en favor de Tito un llamamiento del rey a sus súbditos. Ahora bien, en esta fecha, *todas las villas yugoslavas* habían sido liberadas por los Chetniks de la ocupación alemana.

Mientras tanto, Tito se concedía a sí mismo el título de mariscal...

Después se precipitaron los acontecimientos desastrosos; el 2 de septiembre de 1944, Tito autorizaba al ejército rojo a cruzar la frontera yugoslava. El 6 de septiembre, el ejército soviético procedente de Rumanía se apoderó de Turnu-Severin, a 170 kilómetros de Belgrado. Y gracias al ejército rojo pudo Tito imponer por la fuerza el comunismo a poblaciones que *no lo querían a ningún precio*.

Recordemos lo que pasó unos cinco meses después de la invasión soviética, el 13 de febrero de 1945, en la Conferencia de Crimea que siguió a la de Yalta. Se «recomendó» a Tito y

al doctor Subatschitch, delegado del gobierno real de Londres que nombrasen un nuevo gobierno que garantizara las «libertades fundamentales democráticas», es decir: libertad de las personas, libertad de religión, libertad de palabra, de la prensa, de asociación y de reunión, así como la erradicación del miedo que reinaba en todo el país.

Los resultados de esta puesta en guardia no se hicieron esperar. En cuanto se conocieron las recomendaciones de la Conferencia, la policía secreta de Tito detuvo a todos los miembros del antiguo Parlamento. En algunas semanas fueron encarcelados, condenados a trabajos forzados o a muerte. De 370 diputados, solamente 38 fueron indultados por los comunistas. Se aplicó la ley marcial en todo el territorio y se implantó una férrea dictadura. Los tribunales militares de las brigadas comunistas condenaron a muerte sin juicio a decenas de millares de adversarios, sin contar los asesinatos nocturnos organizados por los «tríos blancos», singulares troikas de jóvenes matarifes marxistas. La Administración, el Ejército, la Justicia fueron enteramente soviéticos. La expoliación de los bienes y de las tierras, la creación de kolkhozes, los campos de trabajo forzado, las persecuciones religiosas, transformaron totalmente la estructura de los estados de la Federación yugoslava.

Pero volvamos a ese gran héroe ignorado que fue Draja Mihaïlovitch y a la forma ignominiosa como fue asesinado. Durante el invierno de 1944-1945, el ejército nacional de los Chetniks, agotado por tres años de guerra y de privaciones, es diezmado por el tifus. Traicionados por los ingleses, abandonados por los americanos, perseguidos por los soviéticos y los comunistas de Tito, de los 350.000 hombres de Mihaïlovitch no quedaban más que unos millares. En Eslovenia, unos 11.500 oficiales y soldados se refugiaron en la zona ocupada por los ingleses para escapar a los hombres de Tito. Los ingleses se apresuraron a encerrarlos en vagones y los reexpidieron a su procedencia. Los esbirros de Tito masacraron a todos.

Gracias al Servicio de Inteligencia, que tenía interés en hacer desaparecer a un testigo molesto, Tito logró capturar el 12 de

marzo de 1946, en los bosques de la Alta-Bosnia, al general Mihailovitch, enfermo, agotado, prematuramente envejecido. Le detuvo, le torturó, como un gato juega con un ratón, le juzgó y le ejecutó en junio de 1946, en un proceso que el senador americano Vanderberg calificó de asesinato legal.

Después de esta memorable fecha, el verdugo Tito es venerado, glorificado, admirado por todas las plumas serviles de la prensa internacional, y el gran soldado de valor indomable ha sido relegado al olvido en la historia contemporánea.

Un millón setecientos mil yugoslavos pagaron con su vida, y pueblos enteros con su libertad, el error estratégico monumental del Primer Ministro británico. Error criminal e imperdonable.

En cuanto a la pretendida independencia de Tito frente a la URSS, no es sino una burla más. Lo que quería Tito era el poder, todo el poder, y no compartirlo con nadie sino con sus queridos amigos soviéticos. Además, eso le permitió durante años y años, recibir millones de dólares de Occidente, siempre diligente en subvencionar a los «buenos» regímenes comunistas que se decían «no alineados», y al mismo tiempo rublos del Kremlin. Así Tito ganaba en los dos tableros.

BIBLIOGRAFÍA

La Yougoslavie sous le Knout, por S. Niokovats (Ed. NEL.). *From Teheran to Rome*, por Sir Winston Churchill. *Is there a case for Mihailovitch?*, por W. R. Monsfield. *American Mercury* (Junio, 1946). *Diplomate et Franc-Tireur*, por Fitzroy Mac Lean (Ed. Gollimard, 1952).